E 340

Manuel G. Lugones

Un Atardecer de 1830

(JUAN GUALBERTO GODOY)

MENDOZA
1945

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

Un Atardecer de 1830

Manuel G. Lugones

Un Atardecer de 1830

(JUAN GUALBERTO GODOY)

MENDOZA
1945

869.3
G547Yl

Microfilm Negative # 92-1332
Humanities Preservation Project

PARA MI NIETO
LUIS MARIA BRENTA LUGONES
ENTRAÑABLEMENTE

La hora del Aquelarre.

Retornemos al camino del pasado. Vamos a vivir, con la vida ilusoria del ensueño, en un atardecer del Viernes 15 de Octubre de 1830. La hora es propicia. Se acerca la noche del Sábado, la noche del Aquelarre... Bajo sus sombras misteriosas, libres de la tiranía del tiempo y de la muerte, las almas de hoy y las de ayer vuelan para encontrarse en los campos infinitos de la eternidad sin principio ni fin... Pero, no os alarméis por la solemnidad de este introito. No he de recurrir para ello ni a los conjuros mágicos de Astaroth o de Salmanás, ni a la ciencia infusa de aquel poeta, contemplador de estrellas, que se llamó Enrique de Villena, maestro de bel trovar. No. Tranquilizaos también vosotras, lectoras mías. No he de tener el mal gusto de haceros cabalgar, bajo la inmensidad celeste, en la clásica escoba de las brujas medioevales. No. Mi escobilla, es una escobilla prosaica y burguesa: apenas si sirve para hacer volar, en nubecillas doradas, ese polvo sutil que el olvido va dejando, como una niebla, sobre los cantos de los libros viejos... Ese polvillo gris que hace estornudar a los anticuarios como un rapé demasiado fuerte.

Las brujas que me acompañan, o las hadas, si os parece mejor, son la Memoria y la Imaginación. Cuando la muerte tendió ante los ojos de los hombres su manto impenetrable, la Memoria le dió el don divino del recuerdo y la Imaginación ese prisma maravilloso a través del cual nos es dado volver a vivir de nuevo la vida que pasó. Os invito, pues, a mi Aquelarre. Volvamos la espalda a la Vida que se aleja, a sus solicitaciones amables, a su vértigo embriagador. Retrocedamos en el tiempo. No nos asuste la obscuridad del pasado ni los pedazos de alma que se van enredando en nuestros trajes. Cerremos los ojos por un momento y hagamos —¡con perdón de Dios, señoras mías!— el conjuro mágico... Un instante... Ya está...

Hemos retrocedido cien años.

El presente se ha desvanecido en el tiempo. Estamos en un solar suburbano, en la tarde del 15 de Octubre de 1830. Ha comenzado la primavera. Hemos retrocedido cien años. Si no os halláis fatigados, caminaremos un poco. Esta es la calle de San Nicolás. Tenemos que ir al centro de la ciudad, a la tienda de don Salvador Civit. Posiblemente allí hemos de hallar al amigo que queremos volver a encontrar; al amigo aquél que se lo llevó el huracán, y que ha vuelto. Dejamos a nuestra izquierda la capilla epónima y vamos hacia al Norte, rumbo a la Chimba, para entrar a la Alameda por la esquina de la vieja calle de los Valenzuela. (1) Perdonadme el polvo del camino: esta calle de San Nicolás no es por cierto nuestra calle San Martín de 1930, con su torre de ocho pisos, con sus cines, con sus casas de moda, con sus tranvías eléctricos, con sus automóviles...

Pero ya estamos en la Alameda. Estos son los álamos plateados que plantara San Martín. A esta hora casi crepuscular, altos, esbeltos, sombríos, parecen como una doble hilera de monjes hieráticos que velan, orando, el camino de una tumba. Estas alamedas así, dejan un poco de tristeza en el alma... Pero ved, el sol aún ilumina en su ramaje las hojas doradas del otoño... ¡Alamos de hojas doradas, álamos de Juan Francisco Cobo, vosotros sois como un símbolo de Mendoza!...

Debo advertiros que no sé de seguro donde queda la tienda de don Salvador Civit. Ya se lo preguntaremos a cualquier transeunte que pase. Precisamente se acerca hacia nosotros un paseante solitario....

Un paseante solitario.

¿Quién es este paseante solitario? ¿Por qué advertimos en su rostro las huellas de una melancolía grave y profunda? ¿En qué reflexiona este paseante crepuscular, cuya meditación no nos hemos atrevido a interrumpir con una pregunta vana?... Este hombre tiene 50 ó 60 años. Es un hombre sano y fuerte todavía. Se adivina que su juventud ha sido tranquila e igual; pero un destino imprevisto ha agobiado sus hombros. De sus hombros pende una capa de pliegues amplios. Este hombre viste con aseo, pero sin elegancia. Sus ojos miran vagamente, como si hubieran visto mucho.

Este paseante solitario nació en una Mendoza muy distinta de la de 1830. Nació en esa Mendoza, ancestralmente orbitada, como los astros, que habrá de recordar algún día el escribiente de la Gobernación, Damián Hudson. Entonces la vida era más uniforme; carecía de alternativas; los padres, los hijos y los nietos, morían en la misma cama donde habían nacido, y a la puerta de su aposento, bajo los amplios corredores de la casa solariega, los mismos rezos saludaban su entrada y su salida del mundo. Así habían vivido los abuelos y así se esperaba que vivirían los nietos.

Pero vino el turbión revolucionario... Primero fueron los numerosos cabildos abiertos de principio de siglo. Después, una tarde de Junio de 1810, el Comandante Manuel Corvalán trajo a las grupas de su caballo la inquietud suprema: la de la libertad. Desde entonces, la campana tañida del Cabildo (la campana que tu cantarías desde el destierro, Juan Gualberto), no cesó de hacer saber a la ciudad, con toques de angustia y de esperanza, las alternativas de aquella inquietud... La guerra santa de la Independencia fué mermando las arcas que la cordura de muchas generaciones había ido colmando con sórdido ahorro. Las exacciones de los caudillos hicieron después lo demás. Aquella sociedad se empobrecía. Además no había un

solo hogar en el cual no hubiera un asiento vacío en la mesa familiar. Los unos, siguiendo la bandera de la patria, habían muerto en tierra extranjera. Los otros, en la fratricida de los caudillos. Y el odio, ese odio no extinguido de unitarios y federales, había abierto abismos casi tan insalvables como la muerte... El huracán, Juan Gualberto, el huracán...

Esa es la melancolía sin remedio que agobia a este paseante solitario. Ha vivido mucho. Ha visto mucho. Y en ese turbión de la anarquía ya no le queda ni siquiera el consuelo de una esperanza. No hacía un año, el estampido del cañón le anunciaba la masacre de los unitarios en el Pilar. Y en estos momentos, mientras la guerra civil se preparaba en toda la República, la noticia del asesinato del Chacay lo había estremecido con el soplo de una tragedia antigua... ¿Qué vana ilusión había llevado a Juan Corvalán y a sus compañeros a las tolderías de Pincheira?... ¿Por qué no transaron, honrosamente, con Videla Castillo?... El destino, —piensa aquel paseante solitario—, es así... Galopamos con la esperanza de la salvación e inesperadamente la Muerte se cruza al paso de nuestro caballo, salta invisible a nuestra grupa y con su abrazo imperceptible nos va ahogando, ahogando... mientras nuestra cabalgadura enloquecida salta espantada en la eternidad....

Niños, niños que cantan
junto a la muerte.

No interrumpamos las reflexiones de este paseante solitario. Doblemos por la calle San Martín, (que como véis no difiere mucho, por su afirmado, de nuestra calle Beltrán de 1930). Antes de que lleguemos a Santo Domingo, hemos de hallar quien nos indique la tienda que buscamos. Mirad! Allí viene un niño. A él se lo preguntaremos. Montado en una frágil caña, enarbolando una bandera de papel celeste, juega a ser soldado, como los alumnos de Medeiros y de Morales en 1816. ¡Sueña quizás con que es un Corazero de los Andes! ¡Divina inconsciencia de la infancia! ¡Divina alegría sin sombras que guardas en esa misma inconsciencia las reservas vitales de la vida!...

La muerte ha pasado a su lado, rozándole con sus vestiduras inconsútiles; el terror se ha cernido sobre la ciudad; la sangre ha enrojecido las calles; pero una mano invisible ha impedido que la tragedia cuotidiana de la patria haya ensombrecido la blancura de su alma. El niño sigue jugando y cantando canciones sin sentido:

Mambrú se fué a la guerra,
Quizás no volverá....

Late en su corazón, locamente, como un cascabel, la alegría inconsciente de vivir.... Rataplán!.. Rataplán!... Rataplán!.... Un clarín... ¡Corazeros de los Andes, a la carga!...

Este niño que canta y juega junto a la muerte, tiene en su alma, sin que él lo advierta, ese tesoro maravilloso que, como un agua escurridiza, se nos va escapando de entre las manos: este niño es el dueño del porvenir!...

Esta es la tienda de Don Salvador.

Ya estamos en la tienda de don Salvador Civit. Entremos. Si tuviéramos algún tiempo podríamos ver detenidamente esta tienda. Pero nuestro amigo nos aguarda. Vedle. Está allí, acodado familiarmente sobre el mostrador. Es Juan Gualberto. El huracán no lo ha cambiado. Está igual, aunque más viejo. Escribe. Su caligrafía es siempre hermosa y clara. La escuela de Don Alexo... Frente a él hay una pequeña hoja recién impresa. Nuestro amigo deja de escribir y contempla la pequeña hoja del periódico. La toma, la mira. La deja, la vuelve a tomar. Parece que no le satisfacen las letras titulares del periódico. No resaltan bien. Dicen, en letras pequeñas: "EL CORAZERO" y, más abajo, dentro de un largo recuadro rectangular: "Núm. 1° Mendoza Octubre 16 de 1830". Colocado en un rincón de la tienda, casi en la penumbra, no podemos distinguir bien las facciones de Juan Gualberto. Bajo. Cabellos negros. Ojos obscuros. La madurez ha llegado. Son treinta y siete años, Juan Gualberto. Treinta y siete años de andar y andar... Pero, ¿qué tiene nuestro amigo?.. A veces, entre la escritura y la contemplación del periódico, Juan Gualberto se queda suspenso, con la vista indecisa. Mira, sin mirar, un punto perdido (2).

Parecería que un presentimiento triste lo alejara de la tertulia unitaria de los demás amigos que conversan con don Salvador, sorbiendo a ratos pulgaradas de rapé Macoubá, recién llegado a la tienda del extranjero, junto con una partida de jabón de Norte América (3).

Acaso una voz vaga, una de esas voces que nos sorprenden hablándonos desde el fondo de nuestras almas, le anuncia que la publicación de "EL CORAZERO", que al día siguiente se distribuirá entre el público, ha de marcar una etapa definitiva en su vida vagabunda de pendolista, de

comerciante, de poeta. No es por cierto su primer periódico. En 1822 colaboró en "EL AMIGO DEL PAYS", de Lafinur, muerto en el destierro. Y "EL ECO DE LOS ANDES", y "EL IRIS ARGENTINO", y aquel "HURACAN", aquel huracán que lo arrastró como una hoja a través de las pampas, no hacía mucho, en 1827....

¿Y ahora?

¿Y ahora, qué porvenir le reservaría el destino?... La anarquía continúa victoriosa. La ideología unitaria pierde terreno en la República. Rosas tiene ya las facultades extraordinarias. Quiroga, repuesto de las contradanzas de Oncativo y la Tablada, se rehace. ¿Logrará imponerse Paz contra los caudillos que le rodean?.. Juan Gualberto intenta escribir, pero no puede. Vuelve, hostigado por su vago presentimiento, a clavar su vista en un punto invisible y lejano. ¿Mira hacia el pasado? ¿Mira hacia el porvenir?... ¡Cómo saberlo! Esa urdimbre de sueños y de recuerdos que es nuestra vida, danza confusa en su ideación... Y en el fondo de la tienda, acodado sobre el mostrador, Juan Gualberto siente como la penumbra de ese atardecer del Viernes 15 de Octubre de 1830 se le va adentrando en el corazón.

¡Ah! muy lejos quedaron aquellas horas tranquilas de su infancia, cuando escribiente de las Reales Cajas, ejercitaba su letra de elegantes perfiles. Allí conoció el anodino Gómez de Liaño y a Don Domingo de Torres, aquel bizco don Juan de sus recuerdos, elegante, factuoso, enamorado, que encarnó la contrarevolución española de 1810! (Dónde estarían don Joaquín y don Domingo?...) La gloria guerrera se mostró esquiva con él. No obstante haber intentado ser soldado, no le fué dado seguir las huestes del Libertador. Comerciante y pendolista, se le fué yendo la vida, ora en Mendoza, ora en Chile, ora en Buenos Aires... ¡Tinterillo, siempre tinterillo! De tinterillo estaba ahora en Mendoza, en el despacho de la Gobernación....

El pulpero del Tuyú.

Vívido, con la frescura del recuerdo reciente, vuelve a su memoria el cortejo de los días vagabundos de Dolores y del Tuyú, después del huracán. Allí, en las pulperías de campaña, detrás del mostrador resguardado por la reja protectora, Juan Gualberto vendía, junto con la caña criolla, —esa caña aliviadora de la tristeza vaga del gaucho que se va y que vuelve con el rasgueo de las guitarras—, vendía la copla nativa, primorosamente copiada con su letra de pendolista o aprendida de memoria para ser cantada bajo la claridad sin luz de las estrellas en las noches infinitas de las pampas... (¿De aquel pulpero mendocino del Tuyú nació acaso, como insinúa Ricardo Rojas, la leyenda de Santos Vega, cuyano según la tradición? Acaso el espíritu de nuestro poeta encarnó en la figura del gaucho cantor o lo idealizó la tradición en aquel Juan Sin Ropa, el forastero; —¡bien sin ropas habrías de haber andado, después del huracán, amigo Juan Gualberto!—, el poeta de inspiración más alta que cantara canciones nunca oídas hasta entonces:

...Cantó tristes nunca oídos,
cantó cielos no escuchados,
que llevaban, derramados,
la embriaguez a los sentidos...

Acaso, Juan Gualberto, ¿no habías de abandonar bien pronto las líricas pulperías de las pampas "medio envuelto por las rojas llamaradas" de la tiranía que llegaba?).....

Y Juan Gualberto, acodado sobre el mostrador de la tienda de don Salvador, sigue mirando en la penumbra de la tarde, las horas que ya pa-

saron... Mientras él estaba allí, mercader de versos y de caña en las pulperías de Dolores y del Tuyú, la historia, la gran historia seguía su curso. La historia no se detiene a las puertas de las pulperías a tomar su vaso de caña y a dejarse engañar con una canción. Sigue, sigue adelante, como Ashaverus... Fuerte, muy fuerte, había sido el huracán. Ha caído Rivadavia. Ha fracasado la Constitución. Con los Colorados del Monte cruza don Juan Manuel las llanuras de Buenos Aires; quiere dárselos a Dorrego, pero Dorrego no los acepta. Dorrego, el fogoso tribuno federal, pareciera ser el hombre del destino. Don Juan Manuel es cauto, precavido. Aguarda tranquilamente su hora, que ha de llegar. Los unitarios tornan a sus conspiraciones. ¿Quién es aquel que vuelve de la Banda Oriental? Un viejo conocido de Mendoza: Juan Lavalle. En Mendoza, al amparo de su poncho electoral, se han ganado elecciones, en el atrio de la Matriz: fué en la época de don Juan de Dios Correa y de "*El Eco de los Andes*". Pasan los días: la revolución del 1º de Diciembre, la asamblea unitaria de San Roque: Lavalle gobernador y Dorrego prófugo. La tragedia de Navarro. No basta eliminar a un hombre para torcer el curso del destino. Lavalle fracasa. San Martín tiene el presentimiento de la fatalidad ineludible y se aleja definitivamente de la patria. Su espada gloriosa no ha de pesar en sus destinos. Luego la noche del 16 de Junio en la estancia de "El Pino": largo, largo aquel conversar nocturno de Rosas y de Lavalle. En las sombras iba acercándose la hora de don Juan Manuel. Sólo que Paz había puesto su academia de baile en Córdoba e iban a comenzar las contradanzas de la Tablada y de Oncativo. El fugitivo de Fraile Muerto llegaba a Buenos Aires... Y entre tanto, él, Juan Gualberto, vendía caña y vendía versos: vendía consuelo y dolor. Su hora no llegaba. No llegaría nunca. ¿Santos Vega? ¿Juan Sin Ropa?.....

Elejía en pena menor.

Lector, esta es una elejía casi sin palabras, en pena menor. Puedes pasarla por alto. (Juan Gualberto: no conocemos un solo poema de tus soledades de la pampa. Con el correr de los años has de cantar fríamente, prosáicamente, las llanuras de la república (4); pero no nos has de decir nada ni de tu alma ni de tus penas. ¿En qué soñabas, Juan Gualberto? ¿Cuáles eran tus penas, Juan Gualberto? Tú, que consolabas a los demás, vendiéndoles tus versos, ¿cómo no guardaste uno siquiera de los que cantaban las penas de tu corazón?... ¿O es que tus penas se iban también en aquellas coplas anónimas, que dabas, como tu vaso de caña, al dolor sin nombre que te las pedía?..... Juan Gualberto, en la penumbra de este atardecer de 1830, que nos envuelve también a nosotros, los poetas de hoy, tenemos, no sé por qué, la intuición de que algo de tu alma vaga todavía, sin nombre, por las llanuras nativas; que canta en la décima dolorosa; que suspira en la guitarra campesina; que llora en la lágrima furtiva de la muchacha que la escucha en la soledad de la noche, bajo la luz plateada de la luna..... Y aunque la sombra nos circunde, aunque el porvenir nos olvide, no hemos muerto del todo, Juan Gualberto, cuando todavía hay una lágrima de mujer que llora por nosotros...).

Y llegaron las horas afanosas de 1830...

Y llegaron las horas afanosas de 1830. El grito de liberación de Paz te arrancó al fin, pulpero del Tuyú, con rumbo a tu terruño. Y aquí estás, tinterillo otra vez, en la penumbra de esta tarde, soñando contener con tus versos el avance de la tiranía. ¡Pobre poeta! ¡Pobre iluso! ¿Qué podrán hacer tus versos contra las causas complejas, hondas, incomprendidas de la Santa Federación, contra las cuales se estrellaron el sereno desinterés de San Martín, la ideología de Rivadavia, la táctica de Paz, la intrepidez de Lamadrid?.....

Corazero de la pluma, en vano intentas luchar tu solo contra cien montoneros (5). La pluma suspensa entre tus dedos; esta melancolía de la tarde que te está envolviendo con una angustia de destierro próximo; te dicen que todo será inútil. Lucharás. Tu verso, como otras veces, azotará el rostro de los tiranos; su sátira mordaz escarnecerá a los serviles palaciegos... Pero todo será inútil, Juan Gualberto. El triunfo, aún el triunfo verdadero, no es siempre el de los mejores. Y eso, amigo poeta, no obstante la fortaleza de tu espíritu, eso te lo va diciendo la noche vencedora que se ha adentrado con sus sombras en tu corazón.

Corazero de los Andes, ¡es inútil luchar contra el destino!...

No turbemos la vida de los fantasmas.

No turbemos las meditaciones de este poeta que, en un momento decisivo de su vida, dialoga a solas con el destino. Pronto ha de acabar el sortilegio y tendremos que volver de nuevo a la realidad del presente. El sueño de este atardecer de 1830 se desvanece. En las torres de la Matriz, de San Francisco, de Santo Domingo, de la Merced, repican, espectrales, las campanas de la oración. La noche, diáfana y clara, comienza a envolver al caserío. A la luz difusa de la luna es cuando comienza la danza de los fantasmas. Que no nos vayan arrastrar a ella, como a los danzantes de Haarlam. Alejémosnos de esta ciudad ya desaparecida de 1830, no sea que nuestras figuras de seres contemporáneos espanten a las sombras de los que en ella viven. Alejémonos sin que los hombres de ayer sospechen siquiera por un momento que hemos pretendido vivir sus vidas, sin pagar el tributo de su dolor, aún cuando sólo sea con la vida ilusoria del ensueño. ¡Sombras en la sombra y queriendo jugar con las sombras!... Tiempo vendrá también en que nosotros vivamos la vida sin vida de los fantasmas....

ADVERTENCIA

Es este ensayo una acotación de un instante psicológico en la vida del poeta mendocino Juan Gualberto Godoy (1793-1864). Se trata de una fantasía, al margen de la historia, que pudo haber sucedido, pero que no sabemos si sucedió. A nosotros nos basta con lo primero.

El 16 de Octubre de 1830 apareció su periódico "EL CORAZERO". *Llegó a publicar trece números. El último es de 25 de Febrero de 1831. Se vivían ya en Mendoza las inquietudes de las vísperas de la Batalla de Chacón. La guerra de las Dos Ligas, —la del litoral y la del interior— llegaba a su fin. Después, derrotados los unitarios, el poeta emigró a Chile. Y las aventuras de su vida fueron otras...*

Habrá advertido el lector la vieja ortografía de la palabra "corazero" que respetamos en este ensayo. Así la escribía Juan Gualberto Godoy en 1830. Y así la escribimos nosotros en esta ensoñada fantasía de aquel atardecer de 1830.

NOTAS

(1) La actual calle Córdoba.
(2) **"El Corazero"**, Nº 1.
(3) **"El Corazero"**, Nº 4.
(4) J. G. Godoy, **"Poesías"**, pág. 71.
(5) **"El Corazero"**, Nº 1.

SE IMPRIMIO ESTE TIRAJE POR SEPARADO DEL ENSAYO DE MANUEL G. LUGONES, TITULADO "UN ATARDECER DE 1830", PUBLICADO EN EL NUMERO 3 DE LA REVISTA "E G L O G A", QUE DIRIJE AMECO CALÍ, EN LOS TALLERES GRAFICOS D'ACCURZIO, DE CALLE BUENOS AIRES 202, EL DIA 28 DE JUNIO DEL AÑO 1945

D'ACCURZIO
IMPRESOR